

FORMACIÓN INICIAL



“No me elegisteis vosotros a mí, fui yo quien os elegí a vosotros y os destiné a que os pongáis en camino y deis fruto, y un fruto que dure”

(Jn 15,16)

La formación inicial tiene un gran significado en el arco formativo. Es la que pone “las bases de ese crecimiento dinámico en la identidad de la Hija de María Auxiliadora que debe prolongarse durante toda la vida” (C 83) por medio del compromiso plural de apertura y docilidad al Espíritu. Se trata de asumir con plena libertad el proyecto de Dios y de entrar en sintonía con sus exigencias a partir de lo cotidiano.

Los diversos momentos de formación

constituyen un proceso abierto y el paso de una etapa a otra depende del grado de maduración y del camino recorrido por cada persona. Por esto tales pasos se dan según criterios de flexibilidad, respetando de los ritmos de crecimiento de cada una.

La experiencia vocacional

la llamada

El elemento base que connota la etapa formativa de la joven es la experiencia vocacional, es decir, el salir, porque se ha recibido una llamada, de la tierra conocida y amada para aventurarse en un país todavía misterioso **donde la alianza de amor con Dios** se hace cada vez más exigente y se especifica según el carisma salesiano.

La experiencia vocacional que la joven vive en este tiempo comporta una reorganización de la existencia en torno a los valores evangélicos del seguimiento: desde las relaciones consigo misma y con los otros a los proyectos y a la visión del mundo y de la historia.

En un proceso de conciencia gradual de la llamada a seguir a Jesús en la vida religiosa salesiana, la joven madura una respuesta cada vez más responsable y libre.

una comunidad de vida

La formación tiene lugar en una comunidad concreta, que vive el gozo y la fatiga de pertenecer a Cristo y de actuar el proyecto educativo y en la cual es posible realizar la síntesis vital de cada itinerario formativo, puesto que los valores de la espiritualidad salesiana se hallan mediatizados por las personas en el tejido de las relaciones y en el servicio cotidiano a la educación de los jóvenes.

Para que sea fiel al carisma de los fundadores y esté radicada en la realidad juvenil concreta, la acción formativa tiene que estar animada por la pasión del *da mihi animas*, vivida en un clima de esencialidad que oriente a la solidaridad hacia los pobres.

las exigencias de la inculturación

La inculturación del Evangelio en cada ambiente donde el Instituto trabaja, la diversidad étnica de la que provienen las jóvenes y la internacionalización de nuestra familia religiosa requieren una revisión del camino formativo, sobre todo en las fases iniciales, para que se exprese según las exigencias del tiempo, del lugar y de las culturas y respetando la riqueza propia de cada persona y de su historia. Para ello, las jóvenes son introducidas en el conocimiento de las formas y la organiza-

ción de la misión educativa salesiana, presentes tanto en la nación a la que pertenecen como en el Instituto y visibles en las más diversas especificaciones del carisma.

la experiencia del estudio

En las diversas etapas de la formación, la experiencia del estudio es necesaria para dar a las jóvenes criterios de juicio y de valoración crítica de la realidad y una competencia gradual en el desempeño de la misión educativa. Desde esta perspectiva es fundamental considerar el compromiso cultural como un medio de crecimiento y como un camino ascético extraordinariamente actual (cf. VC 98). Para ello es importante evitar algunos posibles riesgos: el de absolutizar la cultura y la inteligencia, o el de descuidar la aplicación en el estudio en nombre de un servicio apostólico inmediato. Para nosotras, llamadas a ser educadoras de las jóvenes y los jóvenes, la formación intelectual resulta una exigencia de fidelidad vocacional, por ello debe orientarse hacia la calidad del saber y hacia la necesaria síntesis evangélica entre fe y vida para estar en grado de situarnos en nuestra época y en los diversos ambientes en los que actuamos con una visión sapiencial de la realidad, además de con una presencia cualificada y competente. Así podremos prevenir la superficialidad y la falta de significatividad de las intervenciones, y también el sentido de inadecuación o de inferioridad que podría **nacer frente a las exigencias del servicio educativo.**

dentro de la cultura contemporánea

Lo cual requiere promover el conocimiento de la cultura contemporánea, en particular la situación de las jóvenes y los desafíos de la educación, las múltiples formas de pobreza y de discriminación, la cultura de la comunicación. Los jóvenes tendrán que disponer de instrumentos idóneos que les permitan acceder a la información y leerla con sentido crítico. La aproximación a los medios de comunicación no será solo un tema de estudio, sino una óptica que es necesario adoptar para comprender los complejos dinamismos de la cultura contemporánea.

acompañamiento y revisión

Todas las fases formativas requieren asegurar un adecuado acompañamiento y una revisión periódica de la experiencia vocacional vivida. La revisión implica a la joven, a la guía, a la comunidad y al grupo en su conjunto. Donde se considere oportuno, se podrá ofrecer la posibilidad de una ayuda psicológica por parte de expertos. La revisión debe realizarse en lo cotidiano y en los momentos fuertes del itinerario de crecimiento. Y tendrá como objetivo ayudar a la joven a discernir el proyecto de Dios en su vida. Y también el permitir al Instituto valorar si existen las disposiciones que requieren la vida comunitaria, la misión educativa (cf. C 78) y, para quien se siente llamada, la misión ad gentes.

Relaciones que han de valorarse

En el período de la formación inicial es importante cuidar la relación con la familia de las jóvenes.

la familia

El contacto con sus padres permite conocer más adecuadamente sus raíces, el contexto ambiental, las relaciones que han favorecido la maduración afectiva, religiosa y cultural de la persona. La estima y la confianza recíproca contribuyen a implicar a los propios padres en la opción vocacional de las hijas. Con discreción y respeto, les ayudamos a aceptar el proyecto de Dios, aunque sea con niveles distintos, según el contexto socioreligioso del que provienen. Las formadoras y la comunidad manifiestan sincera gratitud hacia la familia de las jóvenes, considerándola, según las enseñanzas de don Bosco, la primera bienhechora del Instituto (cf. C 57).

los diversos Institutos religiosos

En las circunstancias actuales emerge cada vez más la exigencia de colaboración entre los varios Institutos, especialmente los de vida apostólica, también en el ámbito de la formación, sobre todo en algunas áreas geográficas y culturales. Tales iniciativas requieren una especial valoración de los elementos comunes a los diversos Institutos y al mismo tiempo el respeto a la identidad carismática de cada uno ((cf.). La collaborazione inter-Istituti).

la Iglesia

Sintiéndonos parte viva de la Iglesia, cultivamos en nosotras y en las jóvenes que comienzan el itinerario formativo una intensa pertenencia eclesial. Tal como don Bosco y María Dominica Maz-

zarello nos han enseñado, la expresamos en el amor y en la fidelidad al Papa, en la adhesión a su Magisterio y en el compromiso de participar activamente en el camino pastoral de las Iglesias locales.

la Familia salesiana

Mientras acompañamos a las jóvenes hacia una conciencia más profunda de la especificidad de nuestro carisma, valoramos todas las oportunidades que se nos ofrecen en el diálogo con la Familia salesiana y con otras formas de vida consagrada.

María Mazzarello formadora

En nuestro compromiso formativo miramos especialmente a María Mazzarello que ha asumido con responsabilidad su función de guía haciéndose hermana entre las hermanas y maestra de vida, testimoniando el gozo de pertenecer a Jesús y de dedicarse a la educación de las muchachas.

Advertía que uno de los problemas más urgentes al comienzo del Instituto era el de la formación, y ella misma constataba: “Tenemos falta de personal formado” (L 47,5). Por lo cual disponía de tiempos y formas oportunas para la formación de las postulantes y de las novicias. Se mostraba atenta y comprensiva en tolerar defectos y limitaciones, pero no renunciaba a educar a la claridad de las motivaciones a la vida consagrada y de apoyar su camino de crecimiento.

las etapas del período formativo

El período de la formación inicial se halla trazado en las Constituciones, mientras que los criterios de discernimiento y de admisión a las diferentes etapas están indicados en el texto *Discernere e accompagnare* (cf *Discernere e accompagnare- Orientamenti e criteri di discernimento vocazionale. Accettazione nell’Istituto e ammissioni alle varie fasi formative*, Roma, Istituto FMA 1995. Este texto sigue siendo válido. A él se remite para las indicaciones específicas acerca de las diferentes fases).

La formación inicial abarca:

el período de prueba y de orientación

el postulante

el noviciado

el juniorado